

## De Unamuno, D. M. (M. A. Rivero, Ed.). Madrid, Biblioteca Nueva, 2021. 333 pp.

Nerea Cortabitarte Martínez  
Universidad Complutense de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.88889>

Recibido: 26 de mayo de 2023 / Aceptado: 20 de septiembre de 2023

Este compendio de crónicas paisajísticas de los viajes realizados por don Miguel de Unamuno tiene como objetivo volver a sacar a flote una parte poco apreciada del alma del autor. «Es una invitación al lector para recorrer de la mano de don Miguel aquellos pueblos, ciudades y parajes naturales que marcaron su itinerario vital e intelectual» (p. 11). Se nos ofrece la posibilidad de conocer su “sentimiento de la Naturaleza” y, en general, la honda huella del entorno en su espíritu.

La importancia de sus escritos sobre el paisaje la encontramos en una esclarecedora introducción de Miguel Ángel Rivero. En ella se exponen las claves del pensamiento del autor necesarias para profundizar en los escritos, pues sin un conocimiento mínimo de la biografía, inquietudes y visión singular del autor nos quedaríamos navegando en la superficie de hermosas descripciones, sin atender a la teoría estética, mística y existencial que las sostienen.

Su estructura formal se divide en dos grandes partes que corresponden a la “Introducción” de Rivero y la “Antología” de Unamuno, en la que encontramos los relatos sobre el paisaje de distintos lugares por los que anduvo el autor. La “Introducción” tiene tres apartados: “Unamuno «viajero incansable de los campos del espíritu»”, “Bibliografía”, “Criterios de selección y edición” e “Índice de procedencia de los textos”. Dentro del primer apartado encontramos cinco subapartados con sus respectivas partes.

El primer subapartado “Unamuno y su filosofía del conflicto” nos ofrece los datos básicos del pensador en este marco de la literatura de viajes y nos inserta en la base de la filosofía unamuniana: la agonía. Hay un enfrentamiento constante entre la razón y la fe que no puede ser resuelto: «Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital. Y llegados aquí, os he dicho que hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él» (p.14). Esta sería la cara principal de la lucha que subyace a todo pensamiento, “el sentimiento trágico de la vida”. Rivero distingue otras dos caras del “Unamuno agónico”. La segunda se corresponde con el conflicto entre el yo interno y el externo, entre el yo íntimo y el público. Y la tercera cara sería el conflicto ante la escritura, querer hacerse un alma a partir de un lenguaje que resulta insuficiente. Por otro lado, tenemos al “Unamuno contemplativo”, en

el que toda esta agonía queda en pausa al entrar en «comunidad espiritual con el Todo a través del refugio silente en la naturaleza» (p. 16). Este es el que veremos mayormente en la “Antología” de Unamuno, la búsqueda de esta calma, de estas «visiones que están fuera del tiempo» (p. 184).

En el segundo subapartado, se nos pone en contexto. Se expone una breve historia de la literatura de viajes y la pintura del paisaje desde la Ilustración hasta la Generación de fin de siglo, esencial para entender la atmósfera en la que se desarrolló el alma de Unamuno, influenciada no sólo por el paisaje sino también por su entorno intelectual.

En el tercer subapartado, se nos habla del “Unamuno viajero”, Unamuno viajero, aquel que además de reivindicar la importancia de la naturaleza destacaba la relevancia de pasear, subir montañas y cansarse. Se nos habla del hombre que recorrió diversos lugares sobre todo en Castilla y Extremadura, pero también ecurientemente en su País Vasco y, en menor medida, en el extranjero. También hallamos la “teoría del viaje” de Unamuno, en la que el viajero se opone al turista, es preferible no tener tantas comodidades y caminar el máximo posible, fatigarse. El turista es superficial y no viaja para saciar su espíritu. En relación con esta teoría está expuesta la “teoría del paisaje literario”. Según la cual, las impresiones que adquirimos en el viaje tienen que pasar por el yo creador para poder ser luego recordadas con cierta distancia de la vivencia. En esto está en juego la “imaginación creadora”. Unamuno huye de las fotografías «no sirven más que para extraviar el recuerdo, encadenar la imaginación y chafar las impresiones» (p. 55). Admiraba el bilbaíno a los autores que no describían el paisaje tanto como lo hacían un “estado de conciencia”, el descriptivismo que no pasaba por la carne y huesos de un hombre era para él un lastre.

En el cuarto subapartado, llamado “Los viajes de Unamuno”, se enumeran los paisajes más comentados por el autor: sus maternales montañas vascas, su mística e inabarcable Castilla, sus viejas ciudades de provincia y su mar eterno. Todo suyo, sus recuerdos, su espíritu, su yo.

En el quinto subapartado, se llega al núcleo de los textos de Unamuno que se encontrarán más adelante: el “hondo” sentimiento de la naturaleza. Hondo

pues es algo profundo, no superficial. Nos cuenta Rivero que este sentimiento tiene dos principales dimensiones: la dimensión estética y la dimensión religioso-mística, proviniendo la segunda de la primera. La base del sentimiento de la naturaleza es que no puede tener ninguna contaminación utilitaria. El campesino, al ser esclavo de la tierra que trabaja, nunca podrá tener un sentimiento estético. También es vital, para que se dé este sentimiento, el hecho de que se ha ido desplegando un “proceso de humanización de la naturaleza” junto con un “proceso de naturalización del hombre”, lo cual ha propiciado que se estreche la relación con la naturaleza. En un momento dado, Unamuno da un paso más y habla en términos de “sobrenaturalizar a la naturaleza” y “sobrehumanizar al hombre”. Esta fase es posible una vez que se ha dado el doble proceso anteriormente descrito.

Además, destaca el papel de la literatura con respecto a la manera en que hemos aprendido a ver y sentir el paisaje. Hay un papel de maestro por parte de los literatos, que pueden llegar a esta comunión espiritual. «Lo que buscaba Unamuno a través del sentimiento estético de la Naturaleza era convertir el paisaje en metáfora expresiva de su mundo íntimo, es decir, alcanzar la proyección de su alma en el paisaje» (p. 90).

Pasemos ahora a la otra cara del sentimiento de la naturaleza: el “sentimiento religioso-místico de la naturaleza”. Ya hemos hablado de que el sentimiento estético de la naturaleza busca poder llegar a una comunión espiritual con esta. Y es que el proceso de naturalización del hombre y humanización de la naturaleza no consiste en otra cosa que en lo siguiente: «naturalizarse el hombre es hacerse sencillo y cristiano, y humanizar la naturaleza es descubrir al Criador en ella y hacerla canto vivo de Él» (p. 92). Se vincula este sentimiento de la naturaleza con un “sentimiento cristiano”, lo cual hallamos innumerables veces en sus relatos del paisaje, como cuando habla de «una puesta [de sol] de una solemne majestad religiosa» (p. 164). Podría entenderse que Unamuno leyó el paisaje desde el cristianismo, pero Rivero se decanta más por la interpretación que piensa esta relación con la naturaleza como una necesidad de rellenar las faltas del cristianismo ortodoxo con las que topó Unamuno. El autor busca una fusión con el Todo, experiencia que encontrará mayoritariamente en ambientes como el mar o la montaña. Aunque Castilla le inspiraba también este misticismo, por ser el lugar donde el cielo podía verse más y hablando de la llanada preguntaba: «¿no es toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella a los espacios infinitos?» (p. 210).

Como recapitulación de lo dado, Rivero llega a la relación última entre el “Unamuno agónico” y el “Unamuno contemplativo”, «las dos vertientes de la personalidad de Unamuno, la agónica y la

contemplativa, que aspiran a un mismo fin: combatir el miedo a que la conciencia individual se hunda tras la muerte en la Nada de que surgió.» (p. 101)

En cuanto a los textos de la “Antología” de Unamuno, estos están ordenados cronológicamente según la fecha de escritura y, en su defecto, la fecha de publicación. Lo cual nos permite ver una evolución del autor, de espíritu tan cambiante. En el primer texto (1889), observamos que, aunque se le ha conocido por su predilección por Castilla, tiene en su juventud una estima mayor por la verdura vasca que por los campos crudos castellanos, a pesar de ya admirar la belleza mesetaria, sus “horizontes dilatados”. Más adelante veremos como se inclina por el paisaje castellano, debió de rendirle más a su ánimo: «prefiero este paisaje amplio, severo, grave; esta única nota, pero nota solemne y llena como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio» (p. 207).

La selección no sólo es de textos sobre paisajes españoles sino también de paisajes italianos, portugueses y franceses. Portugal era el país extranjero que más interés suscitaba a Unamuno, volvía a estas tierras porque veía en su pueblo la agonía; la vida y la muerte.

¿Qué tendrá este Portugal –pienso– para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica? (...) En ese pueblo triste, tristísimo, la gente se divierte, sin duda, pero se divierte como si dijera: comamos y bebamos, que mañana moriremos. (p. 179)

Y así es que en esta antología recorreremos tantos años como los que van del 1889 hasta el 1936. En este año se publica la última crónica del libro, concretamente, cinco meses antes de la muerte de Unamuno y dos días después del golpe militar que inició la Guerra Civil española. Aunque, como este debió de escribirse antes de que empezara la tragedia de la guerra, no se atisba nada de ella. Todo lo contrario, Unamuno habla de vacaciones y del sueño. Hallamos en este brevísimo texto su teoría del paisaje y su teoría del viaje, ya expuesta anteriormente. Pero va más allá, de entre los turistas y los viajeros extrae una tercera categoría: los emigrantes. Para él estos son las golondrinas y vencejos, pero también los “pastores transhumantes”, que «recorren no el espacio, sino el tiempo». A esto se refiere cuando habla de que sólo cuando se recuerda es cuando se “re-crea” uno en el paisaje, ya que se vuelve a crear a sí mismo. Esto es ser emigrante, re-correr el tiempo. El viejo Unamuno nos advierte de la importancia del viaje, pero aún más de la importancia de cultivar el recuerdo para sacarle todo el jugo: «es más lo que he soñado que lo que he visto. Y, sobre todo, lo que he soñado ver» (p.332). Ese es el viaje interior.